

una idea de lo que podrían ser ciertas secciones de la prensa diaria, si no estuviera tan difundido el prejuicio de que todo ha de ser perecedero en el periódico. Además de su valor informativo, es decir, periodístico, hay que admirar en ellos el método de exposición y la gracia y eficacia del estilo con que Alfonso Reyes, por ejemplo, explica el contenido de un libro sobre Rusia o el Japón, o resume un curso sobre el antiguo Egipto o la Francia contemporánea.

En los artículos de crítica literaria se mueve nuestro autor en un terreno que domina con mayor autoridad y elegancia; en ese campo todos le reconocen uno de los primeros lugares en la literatura actual de lengua española. De los lectores que gustan de esos estudios no hay quién no admire el poder de adivinación psicológica con que sabe fijar el perfil espiritual de un escritor y la capacidad de apreciación estética con que analiza y valora su obra. Aquí, en *Simpatías y diferencias*, quedan, sutilmente dibujadas, como en las líneas de un grabado, las figuras de algunos escritores españoles contemporáneos. Pero no hay que engañarse: a pesar de su levedad y finura, esos rasgos son más certeros y elocuentes que los aparatosos trazos de un solemne retrato de ceremonia.

Antonio CASTRO LEAL.

Al frente de A. Reyes, *Simpatías y diferencias*, 2a. ed., México, Colección de Escritores Americanos, Edit. Porrúa, en 2 vols. 1945. Tomo I, págs. VII-XII.

ALFONSO REYES

La formación filológica de este mexicano universal (con tanto derecho como el de Juan Ramón Jiménez a llamarse el andaluz universal) es en gran parte uno de los frutos del Centro de Estudios Históricos, con lo cual recordamos a D. Ramón Menéndez Pidal y al grupo de sus colaboradores.

Erudito, crítico y ensayista, Alfonso Reyes escribe una prosa de cualidades que puntualizaré en seguida. Ha sido diplomático y profesor. Y Pedro Henríquez Ureña lo diputa poeta con preeminencia sobre los demás títulos. No sé si sostiene hoy el mismo criterio D. Pedro. Su juicio data de 1927. Lo cierto es que ni ha sido la poesía la principal labor de Reyes ni se lo representan principalmente como poeta los lectores y estudiosos de más de veinte países. Figuran poemas suyos en muy responsables antologías. Sus versos, en conjunto, son de fina elaboración. No me toca apreciarlos aquí. Pero reitero que Reyes debe su renombre, mucho más, a sus trabajos en prosa. Varios libros recientes sirven para corroborarlo.

Como persona interesa mucho. Es contenido, cualidad muy mexicana. Pero él la concilia bien con un sesgo efusivo que es rarísimo en Pedro Henríquez Ureña, para volver a su grande amigo. Le chispean locuaces los ojillos, llenos de concesión mundana a tantas cosas . . . Con gesto y ademanes sobrios, su trato es cálido, su conversación, penetrada de simpático énfasis. Muy expresivo el hombre sin descomponer las formas moderadas, o sea sin el vicio (¿latino?) del desahogo que se vale de todo el cuerpo.

Ha viajado mucho. Ha visto países y gentes disímiles. Habla varios idiomas. Sabe disertar en ellos y tomarles la peculiar modalidad comunicativa. Se le injertan felizmente las lenguas porque él, sin jactarse de *rhetor* al modo clásico, consigue de la palabra inusitado rendimiento.

Suelen tener los hombres de estudio como Alfonso Reyes no se sabe qué vaguedad en el semblante o distracción en la mirada. Nada de eso en él, que es conversante directo, de afinada atención. De pronto, su figura, sin más, sugiere, a quien no lo conozca, la de un hombre de negocios. Claro que a los dos minutos de oírle sobre cualquier tema nos percatamos de su alcurnia mental. Eso sí, ni códices ni incunables; ni largas pesquizas de erudición ni paciente trabajo con variantes de textos; ni humanidades ni emociones de arte, le han marchitado la fresca reacción vital frente al curso desigual de las cosas. No representa el tipo del meditador interiorizado cuyas nociones del mundo exterior son a veces de dudosa claridad. No, pues está, en cualquier momento, bien seguro de cuanto le rodea. Silencio de biblioteca, sí, pero también la aventura (¿no lo es siempre?) del trato humano. Cuando enumeramos las notas de su sapiencia no podemos separarlas de su donosura personal. La humanidad de Alfonso Reyes interesa tanto, por lo menos, como su humanismo. Si habla en público — supongo que así en la cátedra — se produce un consorcio encantador entre la zona lógica de su ser y esotra de más flexible expresión, refugio de las medias tintas y de la emotividad, que en él es calor de la ideación. De modo que el hombre está presente; no cede su sitio a la cultura. Bastante lugar ocupa ya ésta — pensará — en la economía íntima de su persona, para que todavía quiera usurpar los predios del puro hombre, esto es, del soporte profundo.

La aseveración de Pedro Henríquez Ureña merece que volvamos sobre ella. Textualmente: "Al fin el público se convence de que Alfonso Reyes es, ante todo, poeta". (1) El artículo, según apunté, data de 1927. Quince años son suficientes para decidir. La decisión parece contraria al juicio del crítico esta vez. De las quince páginas sobre Alfonso Reyes, Henríquez Ureña gasta nueve en apreciaciones sobre los trabajos en prosa y la formación intelectual de su amigo. Más todavía: casi se rectifica, en estos términos: "Alfonso Reyes se estrenó poeta; pero desde sus comienzos se le veía

(1) *Seis ensayos*, p. 119. (Ver pág. 146 y sig. de este volumen. Nota de los Editores.)

desbordarse hacia la prosa; su cultura rebasaba los márgenes de la que en nuestra infantil América creemos suficiente para los poetas; su inteligencia se desparramaba en observaciones y conceptos agudos, si no estorbosos, al menos inútiles para la poesía pura". (2).

Nadie, entre los enterados, excluye a Unamuno del número de los poetas españoles contemporáneos. Y hasta hay que situarle alto por algunas de sus notas líricas. Pero lo mismo en España que en América, la imagen de Unamuno se resuelve en pensamiento, en agonía hispánica, en desasosiego vital, cosas que él comunicó en la prosa de no pocos libros. Es semejante el caso de Reyes, salvo, desde luego, lo que tienen de dispares uno y otro espíritu.

Ni prepondera en Reyes el mensaje ardoroso de fines sociales. La elaboración del saber y la conjunción de sus caminos lucen como fines en su obra; no son medios, como en el caso de José Vasconcelos. Por supuesto que de su ensayismo se levanta la noble avidez de afinar lo humano. Mas la representación dominante que nos formamos de él consiste más bien en la pulcritud filológica, en la elegancia ensayística, en la finura de una inteligencia sorprendente por el desembarazo con que se mueve en superiores y diferentes planos.

Desde las *Cuestiones estéticas* (1911) hasta los libros de reciente publicación, como *Pasado inmediato*, que es de ensayos, y *La crítica en la edad ateniense*, de orientación didáctica, como *La antigua retórica*, trabaja Alfonso Reyes en cosas de investigación y de crítica, con resultados que ya apuntó, con entera justicia, Pedro Henríquez Ureña, en líneas de indispensable cita textual: "Y de él, de esos trabajos, proviene una porción interesante de las nociones con que se ha renovado en nuestros días la interpretación de la literatura española: desde el medieval empleo cómico del yo en el Arcipreste hasta el significado del teatro de Alarcón como mesurada protesta contra Lope". (3)

(2) *Ibid*, p. 125.

(3) *Ob. cit.*, p. 128.

Cualquiera de sus escritos denuncia largas lecturas. ¿No las necesitó para la *Visión de Anáhuac*, cuadro de toques coloristas y eficaz evocación? Las *Cuestiones gongorinas* debió de escribirlas bajo el signo de la "pantufla filológica": es un recuento donde la irremediable sequedad de las más de las páginas se resarce con algún párrafo no empedrado de descripciones bibliográficas y otros rigores propios, naturalmente, del método severo que aplicaron los fundadores de la *Revista de Filología Española*.

Varias ediciones de clásicos, anotadas y prologadas, dan realce a la ejecutoria erudita y crítica de Reyes. El Arcipreste, Quevedo, Lope, Alarcón... pasan por el tamiz de su juicio. Ya él declara que en todos sus libros "constantemente se advierte la atención para las tradiciones hispánicas". (4) De Gracián ha hecho sólidos estudios.

Atiendo aquí, sobre todo, a lo ensayístico, que en los libros de Reyes no deja de penetrar alguna vez, sin permiso, en páginas áridas, de erudición enumerativa. Y se explica, porque el escritor con aptitud para el ensayo lo lleva a cualquier género de prosa.

Las series tituladas *Simpatías y diferencias* ilustran por modo cabal las características de este ensayista, o sea, su gusto de lo anecdótico (histórico); la diversidad de los temas; el condensar en dos, tres, cuatro páginas un asunto que a él mismo le daría ciento; la oportunidad del recuerdo, clásico o moderno, que le acude de varias literaturas; la llaneza de plática que corre por su estilo, de tanta dignidad sin embargo; la elevada preocupación por la cultura, que no le ahuyenta las sales regocijadas cuando éstas tienen cosa que hacer; la seguridad, en fin, del vocablo y la riqueza de giros.

Pedro Henríquez Ureña, a cuyas páginas sobre Reyes habrá que volver siempre, no obstante aquello de que "es, ante todo, poeta", dice que "adquirió así, después de vencer la pesada herencia

(4) Prólogo de *Capítulos de literatura española*, I. (1938).

del párrafo largo, soltura extraordinaria". Definitivo —como apreciado por D. Pedro—, sin que ello implique la completa ausencia de ese tipo de párrafo en Reyes. En ocasiones está bien, y él lo emplea, como el propio Henríquez Ureña. Lo malo en esto es la "manera", ya se sabe. El auge de ese estilo a que se refiere Henríquez Ureña, lo representa, por ejemplo el argentino Joaquín V. González, en *La tradición nacional*, donde es procedimiento sistemático.

Simpatías y diferencias pertenece a una clase de libros que nos obligan a rectificaciones. La primera impresión es de cosa ligera. Los artículos, de categoría ensayística (sin manía de clasificar) parecen meras notas, materia de amenidad... ¡Ah!, pero el autor pone en ellos —me refiero principalmente a los muy breves— tanto grano, que hay necesidad de releerlos. Es así en las páginas sobre Shakespeare, Virgilio, Montalvo, que aparecen en el primer tomo. En trabajos más extensos como las reflexiones sobre el imperialismo de la lengua española no es tan curioso el hecho. Digo "más extensos", pero eso es relativamente, pues se trata de solo doce páginas.

Entre los de mayor extensión se cuentan *La pasión de Servia* indicador de una curiosidad intelectual sin fronteras, y *Panorama de América* importante para determinados aspectos del americanismo. (5).

El libro *Mi España*, de Pedro Henríquez Ureña, corre también por ese cauce. No sé de nadie en Hispanoamérica que, al menos con temas análogos, escriba libros así, de notas sueltas, o mejor, de un fragmentarismo de esencias.

En algún tema hay detenimiento. *El camino de Amado Nervo* (de la tercera serie) es uno de los más largos. ¿Crítica? Ninguna. Solo evocación y semblanza del poeta. Lo que transcribo tiene la serena luminosidad de contornos que distingue la prosa de Renan.

"Cuando Amado Nervo murió, era ya completamente feliz.

(5) Ambos escritos en la segunda serie de *Simpatías y diferencias*.

Había renunciado a casi todas las ambiciones que turban la serenidad del pobre y del rico. Como ya no era joven, había dominado esa ansia de perfeccionamiento continuo que es la melancolía secreta de la juventud. Como todavía no era viejo, aun no comenzaba a quedarse atrás, y gustaba de todas las sorpresas de los sucesos y los libros: aun amanecía, cotidianamente, con el sol. Estaba en esa edad usual que ya no se ve ni se distingue, cuando ya no duele el sentimiento del yo. Por eso había logrado también dos grandes conquistas: divertirse mucho con sus propias ideas en las horas de soledad, y divertir mucho a los demás en los ratos de conversación y compañía. Yo nunca lo ví en una reunión (sabed que este santo era también algo mundano); estoy seguro de que nunca se colocaba en el centro; pero allá, en los rincones del diálogo, ¡qué manera de dominar, de hipnotizar y transportar a su interlocutor como envuelto en una nube de espíritu! ¡Qué facilidad para trasladarnos —hablando— de la tierra a los cielos! Y todo con un secreteo de confesor, y con una voluptuosidad de hombre que promete milagros. Su mayor afán era descubrir el mejor camino entre la vida y la muerte. Su ángel de la guarda tuvo que combatir y llorar. Hubo que sufrir una adolescencia de misas negras, una primera juventud llena de emociones saturnales. Un largo amor (¡corto!) dice él, vino a redimirlo, aquietándolo. Lo santificó una pérdida irreparable. El bien se abrió paso en su corazón. Un poco de sufrimiento diario —castigo aceptado por su alma católica— era un aviso de paciencia, un ejercicio de virtud. Y cuando al fin el poeta se puso en paz con la vida, ¿qué descubrió? Que estaba también en paz con la muerte. Yo quisiera saber decir cómo lo vimos sus amigos adelantarse conscientemente al encuentro de la muerte, llevarse de la mano al sepulcro. ¡Y qué sabia, y hasta qué oportuna su muerte! Oportuna, sí, a pesar de nuestras pobres lágrimas. ¿Qué hubiera hecho más sobre la tierra este hombre que tan clara y admirablemente había aprendido ya a morir? Hizo abrir —dicen los testigos— las ventanas. Quiso ver la luz. Sonrió. (Nunca perdía aquella cortesía suave en que ponemos algunos el mejor orgullo de la raza). Y fue diciendo, explicando, sin sobresalto, cómo se sen-

tía morir poco a poco, entrándole por los pies la muerte. Cuando la ola de sombra le colmó el pecho, él mismo se cuidó de cerrar los ojos, dió las gracias a los que le habían atendido, y murió. Y fue por su muerte, por la aceptación, por la sencillez, por lo dulcemente y bien que supo morir, un precioso ejemplo de la santidad de la razón".

El trozo, bien leído, indica en su composición ideológica algo del modo de reaccionar de Reyes. Tratándose de Nervo, sobre todo, el motivo hubiera dado de sí, a otro escritor, algún toque meditativo sobre el paso misterioso del hombre sobre la tierra, o en torno a algún momento emocional de sus cantos. Lo que Alfonso Reyes ve y siente aquí es el cuadro final, en su objetividad, el proceso físico de los últimos instantes. Se representa la escena como una visual típica y la toma de marco para recordar, esencialmente, la vida entera de Nervo. La expresión que cierra el pasaje es de una belleza radiante.

Dice Reyes en algún lugar que los humanistas españoles del siglo XVI vivían con un ojo en los libros y con otro en la calle. Por ahí, a la luz de esa posición, hay que entenderlo a él. Las cosas lo atraen. Sus *Cartones de Madrid* bastarían para probarlo. La *Visión de Anáhuac* también nos convida a ver, en fiesta de objetos, de luz, de paisajes. Y hombre tan enamorado de las formas del mundo y de la animación de la vida se ha pasado años en la Biblioteca Nacional de Madrid, examinando cartapacios, copiando fichas. Hombre tan apto para sorprenderle al ambiente físico sus encantos, sabe mucho a la vez del ambiente interior de las almas. De modo que él es experto en cosas —valga decir paisaje y torrente exterior del vivir; en técnica filológica, que afinó en España, y en ese modo sutil suyo de palpar la zona leve, penumbrosa del yo, como en la fina semblanza de Amado Nervo.

Valioso para su biografía intelectual es este párrafo, realzado por la donosísima cláusula final. "La Sección de filología estaba directamente gobernada por el maestro Menéndez Pidal, y contaba entonces como miembros principales a Tomás Navarro Tomás, se-

cretario del Centro, y a Federico de Onís, ambos catedráticos ahora de la Universidad de Columbia, y el segundo, director del Instituto de las Españas, en Nueva York; a Américo Castro, ahora también en las universidades de Estados Unidos, y a Antonio G. Solalinde. Todos pusieron voluntad en atraerme como un colaborador más de la Sección. Puedo decir que mi padrino ante ellos fue mi paisano Ruiz de Alarcón, quien también había ido a "pretender en Corte", allá a principios del Seiscientos". (6)

Esto ocurría a fines de 1914, a la llegada de Alfonso Reyes a Madrid. Desde entonces se ha mantenido fiel a la enseñanza del Centro, si bien no cree que la técnica lo sea todo ni tal vez lo esencial. Contra la intransigencia de Montesinos, a ese respecto, defiende Reyes a Icaza, que no hizo en rigor aquel aprendizaje, pero fue "un crítico de saldos humanos". Creo, de todas maneras, que debemos lamentar la carencia de una disciplina semejante en la América hispana. No sé si ahora el Instituto de Filología que dirige Amado Alonso en Buenos Aires atiende a todos los menesteres de la investigación y la crítica con igual alcance que el Centro donde se formó Reyes.

No todo, porque el filólogo y el crítico entran por mucho en él, pero gran parte de este escritor palpita en *Las vísperas de España* (1937). El título es nuevo, la cosa es vieja. Reúne trabajos de 1914 en adelante.

Cartones, estampas, meditaciones... Bien, pero ¿qué nombre genérico les conviene? ¿Artículos? No estaría mal. Con todo, queda uno descontento. ¿Notas? Sí, y de las más ilustres. Pero el término no da bien la medida. ¿Ensayos? Desde luego, si el género no echa de menos sus ensambles de temática orgánica. En efecto, se trata de cuadritos (el diminutivo no reduce aquí nada) españoles, que Azorín no pintó más vivaces. Ejemplo cabal, muchos de ellos, de la anécdota trasmutada en categoría. Y desfile de

(6) *Pasado inmediato*, p. 103.

tipos, lugares, cosas. ¿Vino al mundo para *ver*, este viajero que se lleva en una mirada paisajes y costumbres que luego renacen en una prosa eficazísima, donde están a buena luz? Para ver, no hay duda, y para la reflexión de finas distinciones, como la del pícaro y el mendigo, que no se nos olvidan.

"Meditaciones", dije, y quedé descontento. Sí, porque no hay en ese mundo bullente (y, en algunos temas, recogido), discurso de filiación cartesiana, ni cosa continua, de insistente ideación. Pero no rectifico. A vueltas de tanta movilidad, que parece exterior, no más, el libro deja un sedimento de esencias hispánicas. Se adentra mucho más en la intimidad histórica (y contemporánea) de España, que Ricardo Rojas en su *Retablo español*, libro bellísimo. El estilo, ya se sabe, es también diferente. En Rojas pasa todavía algo el módulo arquitectónico del párrafo. Reyes, de joven, ya le torció el cuello a la rotundidad y a las cadencias morosas. Con ellas no hubiera podido mostrarnos el espíritu de un pueblo, sus peculiares notas, en visión a la vez plástica, jubilosa, meditativa.

Volvamos, como de costumbre, a Henríquez Ureña. Descubre una filiación inglesa en el ensayismo de Alfonso Reyes, con distingos, aunque sin demorarse en puntualizarlos, según es usual en su magisterio (el de los escritos cortos). Así: "Y se parece, en verdad, a ensayistas ingleses, no a la grave familia, filosófica y moralista, de los siglos XVII y XVIII, ni a la familia de polemistas y críticos del XIX, sino a la de los ensayistas libres del período romántico, como Lamb y Hazlitt". (7).

Por supuesto que el maestro dominicano se refiere al plano de reacción del escritor. Pero aquí es preciso aclarar.

En los ensayistas conviene estimar tres factores: los temas, el procedimiento, y la individualidad. La temática de Bacon por ejemplo, se mueve con una orientación bien uniforme, dentro de su riqueza. El procedimiento, en Macaulay y Pater, es de exposición

(7) *Seis ensayos*, p. 129.